



## LOS DESIGNIOS DE CAWL

**Borja Rivero**

**2º Premio. V certamen de relatos Wikihammer + La voz de Horus**

El sonido de mi corazón es insoportable, insoportable. Lo escucho en la oscuridad del espacio y en el susurro cambiante de los viajes disformes, puedo oírlo cuando el silencio es total en el crucero y la orden de descanso es obedecida mientras algunos curan sus heridas y otros reparan los daños, su eco se agolpa en mi garganta y la ocluye con algo parecido al miedo.

Demasiadas preguntas pueden aterrorizar al soldado más disciplinado, pero ha pasado el tiempo y no tengo ninguna duda, ninguna duda, su sonido tiembla en esta carcasa de carne, metal y ceramita. Este latido puebla mis sueños y repite un nombre:

Cawl            Cawl            Cawl            Cawl            Cawl

Sí, aún siento miedo. Dijeron que no sería así, que todo terminaría, que el dolor y ese miedo terminarían, yo terminaría. Debía entregarme a la transformación, a la sagrada transmutación mecánica. Yo debía ser otra cosa. Mentiras. ¿Mentiras? Un comisario ya me habría volado la cabeza.

*[Quinto misterio del Culto Mechanicus: la Consciencia es la forma más básica de Intelecto.]*

Mis ojos fueron violetas una vez, violetas como la hierba de las llanuras Larcanis, como la herida en el cielo que yo y mis camaradas veíamos cada día y cada noche sobre el cuartel. El ojo del terror estaba abierto y nosotros le devolvíamos la mirada. «Somos Cadia», decíamos para calentar nuestro ánimo en las frías guardias, lo repetíamos en la batalla. «Somos Cadia». Éramos Cadia.

He muerto demasiadas veces en los últimos cien años, he vuelto demasiadas veces arrastrado por la imperturbable eficiencia del Culto. Me prometieron el olvido, una dulce

inconsciencia, una determinación más inflexible que nunca, la venganza. ¿Cuáles fueron sus palabras? ¿Cuáles fueron sus palabras exactas cuando se inclinó sobre mí?

Intento recordar.

Ingresamos a los subterráneos siguiendo al Lord general Creed. No lo entendimos, pero obedecimos. La octava defendería Cadia hasta el final, hasta el último de nosotros, y defenderíamos los agujeros de nuestro planeta si eso era necesario.

Disparábamos.

El Caos estaba por todas partes, los demonios parecían despegarse de la misma roca abierta, surgían de cada brecha y desnivel. Perdimos a muchos, pero seguimos avanzando hasta que alguien dio orden de detenernos. Encontramos una buena posición, una gruta más amplia donde desplegarlos para la defensa.

Hubo un momento de pausa, ellos también se organizaban, quizá esperaban algo, a alguien. Creed gritó. Una docena de nosotros nos adelantamos por otro conducto, bajamos algunos cientos de metros más, atentos y aturdidos por el silencio. Pensé haberme vuelto sordo bajo la tensión de la guerra y las profundidades.

Hay lagunas en mi memoria, el lavado químico se ha llevado parte. Le recuerdo a él, un gigante de metal con túnica color escarlata, una oruga acorazada vagamente humanoide que habíamos visto moverse en la superficie entre nuestros enemigos, disparando rayos cegadores contra un demonio enorme. Era de los nuestros, tuve que repetírmelo varias veces porque allí, mientras manipulaba uno de los pilones, concentrado en la tarea e ignorándonos salvo por vistazos ocasionales de un servocráneo conectado a su cuerpo, allí tuve la impresión de estar frente a un monstruo. No, no era un monstruo, era el Archimagos Dominus Belisarius Cawl y debíamos protegerle si los demás fallaban.

Improvisamos una cobertura apilando las rocas sueltas, pero un escalofrío nos detuvo, algunos gritos surgían de los túneles, una risa cacareante, un nombre coreado por gargantas inhumas. Gritaban el nombre de Abaddon, mil veces sea maldito.

Después, como si una ola de agua hubiera aparecido de la nada para engullirnos, caímos al suelo incapaces de respirar, confundidos por aquella fuerza muda. El pilón se encendió, su energía se desparramó por todas partes, el planeta entero tembló. Aquel Tecnosacerdote Dominus gigante se apartó y observó el resultado sin parar de recopilar

datos con uno de sus brazos. Parecía asombrado, parecía disfrutar de esa misma sensación de extrañeza.

Escuchamos gritos. Por un túnel secundario apareció un marine caótico, un gigante sin casco, herido en la batalla, corría hacia nosotros apretándose la cabeza con ambas manos, desarmado, gritando como un demente.

Disparamos.

Disparamos.

Disparamos.

No conseguimos detenerle, nos embistió y envió a uno de los nuestros contra el pilón, allí se partió la cabeza. Cawl se volvió, molesto por la interrupción, y clavó su hacha en él marine corrupto con tal fuerza que lo incrustó en la roca. No se movió más.

El gran tecnosacerdote nos dedicó una primera mirada desde la profundidad de su capucha. ¿Dijo algo? No lo sé, he intentado reconstruir esa parte, imaginarla, pero el hueco se llena con otros fragmentos, recuerdos de días anteriores, códigos, estrategias, datos... No, no lo sé. Salimos de allí de algún modo. Huíamos procurando fuego de cobertura junto a los skitarii del Adeptus Mechanicus. Hubo una explosión. Una bomba, un arma, no lo sé. Sentí la detonación a mis pies y caí como si se hubiera abierto un abismo, al mismo tiempo recuerdo mi estómago encogido por el vértigo de la ascensión. Perdí el conocimiento en el aire.

Me despertó el dolor, una tranquilidad acompañada por disparos lejanos. Estaba en una nave, sólo pude trenzar ese pensamiento en mi cabeza, el resto era dolor. Dolor. Varios brazos mecánicos me arrastraban. Alguien avisó. La cabeza de Belisarius Cawl me buscó con un movimiento mecánico y se inclinó sobre mí. Su voz sonó rasposa y entrecortada a través del emisor de voz averiado durante la batalla:

– ¿Teh–emes a la muerrt–ttée?

No respondí.

¿Respondí?

Debí hacerlo, pero tampoco recuerdo eso. Desperté en otra sala, el dolor había desaparecido, había sido sustituido por una molestia general. Quise incorporarme y no

pude, mis brazos no respondieron, mis piernas no respondieron. Mi visión era parcial, sentí la boca seca y pedí agua. Un servidor se acercó, indiferente a mis ruegos, me examinó, emitió algún sonido en lingua technis. Lo repitió para que yo pudiera entenderlo, me hizo saber el protocolo, se me iba a inducir un lavado químico de cerebro para hacer desaparecer los traumas y la debilidad de una percepción demasiado impresionable, defectuosa por naturaleza. La carne es falible.

No entendí. Pedí explicaciones, pedí agua, quería saber dónde estaba. El servidor continuó recitando una lista de mejoras procedimentales, imperturbable. Grité y entonces, pasmado, giró aquella cabeza enmascarada y plagada de lentes azules, pulsó unos botones y la camilla se incorporó. Pude ver mi cuerpo amarrado con correas, un cuerpo sin extremidades, con conexiones metálicas instaladas donde debían añadirse las partes biónicas, mi torso estaba recorrido por feas cicatrices. Grité. Lloré. Grité. Tragué la poca saliva que conseguí.

–¿Por qué? –pregunté desesperado– ¿Por qué?

El servidor pareció no comprenderme, pero respondió lo único que podía:

–Procedimiento Cawl especial para la guardia personal del Archimagos.

«¿Temes a la muerte?» escuché la frase en mi cabeza, esta vez sin la distorsión del emisor de sonido. En mi memoria se encendieron los ojos divertidos de aquel hombre. ¿Hombre? De aquella máquina ¿Máquina? El Omnissiah bendiga por siempre sus engranajes. ¡Gloria al Archimagos Dominus Belisarius Cawl, verdadero Fabricador General de Marte!

–Debes entregar tu carne al Omnissiah para que pueda moldearla de nuevo a su imagen y semejanza.

Asentí, cerré los ojos. Dormí. No. Se me introdujo el coma. Al despertar era otro hombre-máquina al servicio del Dios-Máquina, creado con prisa en una nave espacial, un cuerpo fabricado con los despojos de los skitarii muertos en Cadia. El proceso no fue tan limpio como debía haber sido. Tenían prisa, quedaron sedimentos, demasiados restos, una cacofonía de recuerdos mezclados con los nuevos códigos, estratagemas y programas memorizados. Tardé meses en ser capaz de organizar la información, al tumulto de voces que tenía dentro de mí le costó adaptarse a la sinapsis artificial. No tengo recuerdos de mis acciones en esa época, sólo vagas referencias, un arma de plasma, el olor de

promethium derramado, un coloso carmesí envolviendo torbellinos azulados con sus manos, eldars...

Un día sencillamente desperté en otra nave distinta y era yo, era capaz de distinguirme, de ejecutar acciones y procedimientos complejos por iniciativa propia. Sabía algunas cosas, pero no podía recordar mi nombre o los rostros de quienes había amado. ¿Amé? A mi alrededor cientos de skitarii dormían o actualizaban sus sistemas. Caminé entre ellos, aturdido, y salí a los pasillos de la nave.

Me sentí desorientado, pero al mismo tiempo conocía perfectamente todo aquello, fueron instantes de una ambivalencia difícil de procesar. En mi ojo derecho visualicé el plano de la nave. Eso me inquietó. Me llevé las manos a la cara, manos de metal cromado con tres dedos ágiles y fuertes, eran mis manos ahora y sentía horror/agradecimiento por ellas. Me toqué la cara, supe buscar los enganches de la máscara y la saqué, sentí el calor de la nave en mi piel. Aún quedaba piel después de todo. En el metal pulido de la máscara vi mi rostro reflejado: conservaba un ojo, aún conservo un ojo, pero la mitad derecha era artificial, con pequeños cables y tubos que se conectaban con el traje. Un ojo biónico resplandecía con una luz anaranjada. Lo comprendí, había pasado a formar parte de las filas skitarii.

En ese momento tuve acceso a las modificaciones realizadas en mi propio cuerpo como quien es asaltado por un recuerdo de la infancia, un esquema apareció en mi lado derecho y pasé algún tiempo revisándolo con una tranquilidad sorprendente. No, no fue sorprendente, soy un hombre-máquina, un soldado al servicio del Omnissiah es capaz de implementar parámetros lógicos en cualquier situación.

Me moví por la nave, creo que en algún rincón de mi cerebro estaba programada aquella acción porque llegué sin problemas hasta unas enormes puertas, que se abrieron a mi llegada. Entré en el laboratorio y un servocráneo apareció y desapareció tan rápidamente que por un momento pensé haberlo imaginado.

Belisarius no tardó en acercarse, retorciendo su cuerpo en un sinuoso movimiento muy característico que ya había percibido en Cadia. Me inspeccionó con curiosidad y asintió varias veces, luego, sin mediar palabra sus mecadendritos me aprisionaron, me levantaron unos palmos del suelo y uno de ellos se encajó en mi cráneo con un sonido desagradable.

Hablamos.

No. Me transmitió la información, me reveló mi pequeño papel en un plan mucho mayor, me convenció/programó para hacerlo (la diferencia entre términos me resulta difícil de expresar), y recibí órdenes encriptadas. Cuando me dejó de nuevo en el suelo me sentí resuelto y feliz de poder servir al Ommissiah a través de los designios del Archimagos.

*[Octavo misterio del Culto Mechanicus: el Ommissiah sabe todo, comprende todo.]*



Aterrizamos a la sombra de una cordillera cuyo interior parecía haberse vaciado. Ignoro qué tipo de arma puede causar un efecto similar, quizá la energía disforme. Mi sensación fue la de entrar en el esqueleto de una titánica criatura. El escáner del planeta no encontró otra señal de vida que la de los orcos, pero contábamos con ellos; no obstante, nuestros sensores empezaron a fallar y terminaron apagándose. Fue extraño, Eriad VI era un mundo muerto a todos los efectos.

Yo dirigía una pequeña fuerza expedicionaria, suficiente para el cometido que nos había traído hasta aquel planeta olvidado, un destacamento que no existía en ninguna base de datos más allá de los archivos de Cawl, el Ommissiah bendiga sus cogitadores.

Descendimos y emprendimos la marcha silenciosamente, el resto de los rangers a mi cargo eran prácticamente autómatas lobotomizados, y sus sensores de recolección de datos eran pretendidamente defectuosos para evitar que el cónclave Acquisitorius supiese nunca de nuestra visita a Eriad VI. Sólo mis dispositivos funcionaban correctamente, pero de manera que incluso yo desconocía en aquel momento. Me guiaba por un instinto programado, la sinapsis artificial intercedía en mis pensamientos y me revelaba la

información estrictamente cuando lo necesitaba. El Archimagos lo había previsto todo y aquella evidencia sólo acrecentaba mi admiración/horror por su genio. Yo era su marioneta, y a través de su mano me consagraba como un instrumento más útil al servicio del Dios-Máquina. ¡Cuánto orgullo sentía en mis circuitos! ¡Cuánta desesperación aún escuchaba el eco de la caída de Cadia!

Proseguimos al abrigo de ruinas oxidadas, allí los auspex que aún funcionaban se volvieron locos, incluso el cerebro abotargado de aquellos rangers se detuvo para calibrar un peligro invisible. Estábamos cerca, yo tenía esa certeza, el mapa con el que contaba era parcial, pero habíamos seguido minuciosamente todos los detalles.

En los receptores de mi escafandra comencé a escuchar un zumbido grave, sostenido, cuyo volumen aumentaba con cada paso.

Lo vi.

En el centro de un ancho cráter estaba nuestro objetivo, hasta aquel momento no había sabido cuál era, pero lo habría adivinado incluso si la información no hubiera sido suministrada en ese momento por el sistema Cawl configurado en mi cerebro. A 657 pasos se levantaba un pilón, los restos de un pilón, su materia negra y porosa era inconfundible, aquella ruina parecía un diente mellado elevándose hacia el cielo nocturno.

Alrededor del pilón los orkos habían improvisado un campamento con restos de naves, fragmentos de roca y placas de plastiacerro cuya procedencia era todo un misterio. Mi servocráneo volvió con información sobre sus defensas (escasas) y su número (nos superaban en cinco a uno), pero también mostró una extraña imagen: los orkos permanecían sentados en torno al pilón, idiotizados por aquel zumbido que mis receptores también habían percibido. Algo estaba interfiriendo con las ruinas. Por un momento mi mente volvió a Cadia, al momento previo en que Cawl había encendido el Pilón, su energía había absorbido todo sonido a su alrededor, su estallido era de luz, pero nos había ensordecido y prácticamente nos había ahogado. En el cráter fue distinto.

Envié el servocráneo a nuestra nave para desplegar el apoyo pesado. La misión debía llevarse a cabo, la misión debía ser satisfactoria. Era necesario para mayor gloria del Omnissiah, por orden de Cawl. El fracaso no entraba dentro de las opciones, yo sabía eso, pude sentir en mis protocolos la fría cólera de Belisarius en forma de prohibición de retorno, de código de borrado de memoria e inmolación. Sudé bajo la escafandra por la

tensión y el miedo ante aquellas elegantes líneas de código injertadas en mi cerebro como un hierro candente. No podría escapar de ellas pese a mi reconstrucción defectuosa. ¿Pero había sido defectuosa? Mi corazón, hasta aquel entonces adormecido, comenzó a latir con más fuerza. Lo escuché perfectamente por encima del zumbido que reverberaba desde el pilón:

Cawl            Cawl            Cawl            Cawl            Cawl

¿Era mi imaginación? ¿Un código corrupto en la interpretación de ese sonido o había sido deliberadamente programado para creer que mi corazón latía de aquel modo? Quizá lo hacía.

Demasiadas preguntas.

El servocráneo regresó y me transmitió los datos. Decidí comenzar una maniobra envolvente. Aprovechamos una grieta en el propio lecho rocoso y nos introdujimos en ella a la espera de que los refuerzos llamaran la atención de los orkos, nosotros les atacaríamos por la espalda cuando avanzaran. Los rangers prepararon sus rifles galvánicos, el leve zumbido de las armas me ayudó a concentrarme durante un minuto, pero entonces los vi.

*[Cuarta advertencia del Culto Mechanicus: la Consciencia  
Sin Alma es el enemigo de todo.]*

Aparecieron en completo silencio formando una fina hilera de guerreros esqueléticos de brillante metal pulido, se asomaron al cráter en todo su perímetro con una separación precisa entre cada uno de ellos. Sus armas chisporroteaban con una energía verdosa en la semioscuridad de la noche. Apuntaron al monolito, pero no dispararon. Gracias a mi ojo biónico los autosentidos identificaron al nuevo enemigo.

Necrones.

Jamás había visto uno hasta aquel momento, pero conocía las historias. Mi sinapsis artificial me mostró automáticamente diversa información sobre sus estrategias habituales, sus armas gauss, e informes de batalla recopilados por el Culto Mechanicus y



por el Imperio. No parecían habernos detectado, pero estaban allí por el mismo motivo que nosotros, el pilón.

En la ordenada fila de necrones dos se hicieron a un lado para dejar pasar a otro ligeramente más alto, ataviado con una capucha y apoyado en un báculo. Inspeccionó los restos del monolito y la superficie del cráter unos cuantos segundos, luego se volvió a ocultar tras sus filas de guerreros al tiempo que hacía un movimiento con la mano. Para mí fue suficiente aquel instante, los autosentidos habían identificado al necrón como Trazyn el infinito, también conocido como Némesor Koschai, o Tantekh el inmortal.

A pesar del interés de ver aquellos 356 necrones descender ordenadamente hacia el centro del cráter, mi lógica de cadiano se impuso ante la curiosidad skitarii por registrar la inminente batalla. Los orkos, sin embargo, me ahorraron elaborar un plan mayor. Se escuchó un trompeteo y los pielesverdes empezaron a disparar al tiempo que salían de su pequeño fuerte y corrían hacia los invasores. Si pretendían causarles algún tipo de sorpresa no lo consiguieron, los necrones se detuvieron todos a una y activaron sus armas. 356 relámpagos esmeralda sacaron mil reflejos al pilón, arrasando unas pocas decenas de orkos y provocando que parte de la estructura de su asentamiento se derrumbase. Algo explotó y acto seguido dos motoz zumbaron y se llevaron por delante a varios necrones antes de que pudieran volver a disparar, su línea se rompió y los gritos de los orkos a la carga hicieron que la confusión creciera aún más. Trazyn se asomó de nuevo desde el linde del cráter, clavó su vara en la tierra y emitió un resplandor tras el cual uno de aquellos vehículos sencillamente desapareció del campo de batalla.

En medio de aquella locura un delgado rayo dorado cruzó el cráter de improviso, ensanchándose en la siguiente milésima de segundo de manera monstruosa y retumbando con un trueno muy característico justo antes de desaparecer dejando un camino perfectamente limpio de cualquier enemigo. El dunecrawler onager había llegado. Yo estaba esperando ese momento, toda la atención de nuestros enemigos se encontraba en ese vehículo que escalaba como un cangrejo una posición elevada. Clavó sus patas y un nuevo rayo de erradicación empezó a formarse apuntando en otra dirección. Salimos de la grieta y corrimos procurando llamar lo mínimo la atención con nuestro fuego de cobertura. Los orcos parecían felices de la aparición del onagro y corrían hacia él derribando a los necrones sin cuidado.

Mis sensores percibieron la cara de Trazyn girándose en el último momento hacia nosotros, nos había visto y era la única amenaza que realmente me inquietaba, pero ni siquiera sabía por qué, la información en el sistema Cawl era escueta.

Me precipité hacia el monolito y me dejé caer por un terraplén hasta su base. Debía estar allí, en algún lugar, cerca. Las informaciones eran claras, exactas, pero las construcciones orkas me habían desorientado. Escuché disparos de los rifles galvánicos. Temí no encontrarlo. Mis autosensores priorizaron la búsqueda y entonces lo localicé. Una placa de ceramita pegada a la superficie de la base apareció identificada en mi escafandra. Coloqué la palma de mi mano metálica sobre ella y noté una leve vibración. Emití la clave en código binario y la placa se abrió mostrando un pequeño dispositivo clavado en el monolito, era un sensor que había estado recogiendo información sobre todo cuanto podía analizarse durante muchos años. Tuve que ayudarme con ambas manos, pero logré arrancarlo. Lo guardé y salí del desnivel. No había rastro de los rangers.

Noté un sudor frío recorrerme la espalda. Escuché un chasquido de pequeñas patas de metal. Comprendí pronto, saqué la pistola de fósforo y disparé al suelo directamente. El impacto del orbe incandescente emitió un brillo insoportable y el calor abrasó un pequeño espacio de tierra. Pude ver cómo los escarabajos se escapaban en todas direcciones. En la sombra, entre dos vigas oxidadas tuve un reflejo de la figura de Trazyn, creo que tenía más curiosidad que verdadera intención de atacarme, pero decidí no averiguarlo, disparé en su dirección y salí corriendo. Un skitarii me atacó cuando abandonaba aquellas ruinas, pero disparé una tercera vez mi pistola y se llevó las manos a la cara enmascarada, aullando. Otro pequeño escarabajo saltó de su cabeza y huyó.

En ese momento el onagro explotó emitiendo un pequeño terremoto que perturbó a los necrones y fue festejado por los orkos antes de continuar la batalla. Aproveché aquella confusión para huir hacia la nave. Nadie me siguió, pero durante un gran trecho tuve la sensación de estar vigilado.



El Archimagos Cawl descargó el informe directamente de mi cerebro y se mostró satisfecho con mi trabajo, al terminar incluso se permitió una escueta felicitación en bajo gótico. Sentí satisfacción e inmediatamente también inquietud por mi futuro. No me dio ninguna certeza, me escaneó e implementó algunas mejoras en el diseño de mis implantes mecánicos, luego me envió a otro lugar con órdenes encriptadas.

*[Primer misterio del Culto Mechanicus: la Vida es  
Movimiento dirigido.]*

Aquella primera misión me confirmó a ojos de Cawl como la herramienta idónea para ejecutar parte de sus investigaciones más delicadas. En cada ocasión me asignaba un grupo discreto de sus más dóciles skitarii y servidores, no le importaba si morían cumpliendo el cometido ordenado, pero al principio yo intentaba salvar a tantos como me era posible, un viejo impulso de mi pasado menos eficiente. De nada servía si sobrevivían, Cawl se encargaba de dismantelarlos en cuanto entregaba mi informe. Su celo era extraordinario y con los años llegué a entenderlo.

Ha transcurrido un siglo y he cumplido con todos los encargos fijados por el Archimagos Dominus. Durante ese tiempo he visto cosas imposibles de transcribir: atacar naves enjambre más allá de Baal, rayos gauss brillar en la oscuridad cerca del sector Uhulis, decenas de astartes resistiendo contra miles de zombis de la plaga andante... He pisado mundos olvidados y recuperado tecnología xenos. He caído en batalla y me han curado, reparado, reconstruido. Pero en la soledad de mis viajes, rodeado por subordinados sin capacidad para concederme una réplica no programada, todavía me sumerjo en los viejos recuerdos y en el camino recorrido hasta aquí. Mi memoria se fragmenta cada vez más con los años, todos esos momentos se perderán en el tiempo como datos en un cogitador defectuoso.

He creado este registro privado para dejar constancia de lo que fui.

Yo no existo. Mi número de identificación figura como baja durante la cruzada terrana, un error anodino si algún tecnosacerdote se cruza en mi camino con curiosidad, pero ese pequeño vacío en el registro del Culto me permite actuar sin ninguna supervisión sobre mis idas y venidas de Marte. Sólo respondo ante Belisarius Cawl.

Él conoce mis temores, conoce el sonido de mi corazón, lo sabe, necesariamente lo sabe, pero ha ignorado esa parte, no desea ningún cambio y yo he de aceptarlo. Es mi honor. Es mi recuerdo de servidumbre.

*[Segunda advertencia del Culto Mechanicus: el alma es la conciencia de la consciencia]*

He reemplazado cada parte de mí, orgánica y mecánica, una y otra vez, una y otra vez. No hay rastro del original y apenas puedo reconocer esta cara, no estoy seguro de si es la misma con la que nací. ¿Sigo siendo yo? ¿Puedo definirme más allá de los designios de mi maestro/amo/creador/padre? ¿Tiene sentido la necesidad de responder estas cuestiones? ¿Es humana dicha necesidad u obedece a un impulso artificial por despejar las incógnitas de una ecuación?

Demasiadas preguntas.

Los latidos de mi corazón sólo conocen una respuesta y la repiten desde hace un siglo sin vacilar. Repiten su nombre. Repiten su nombre.

¿Cuál es mi nombre?

